

Elementos para un debate sobre la Universidad*

Por: Juan Abugattás Abugattás

Nada hay más efímero ni transitorio, nada más instrumental ni funcional, que las instituciones humanas. Si bien es cierto que la inercia de la vida, esa fuerza inmensa de las costumbres que fascinó a Hume, crea permanentemente la sensación de solidez y eternidad de las instituciones, éstas no tienen más vida ni sentido que lo que puedan recibir de su utilidad para ayudar a resolver problemas y satisfacer necesidades. Son las necesidades, directamente emparentadas con las dimensiones más permanentes de la naturaleza humana, las que tienen un mejor título de Solidez

No es por ello extraño que en épocas como la presente, en las que todo se torna dudoso, se pongan en cuestión instituciones que hasta hace muy poco parecían inherentes a todo orden civilizado y sin las cuales era imposible pensar alternativas de sociedad respetable y deseable. Entre esas instituciones se encuentra la universidad, esa institución que tan útil demostró ser en los últimos siete u ocho siglos a las sociedades de Occidente y aquellas que adoptaran algunas de sus formas básicas, como fue el caso de las latinoamericanas.

Aunque en menor grado que la presente sociedad, la que corresponde al modelo de la modernidad europea ha sido en gran medida una sociedad del conocimiento. Un elemento central del proyecto moderno, como es sabido, fue el deseo de dominio de la naturaleza por medio del saber, de un saber preciso y crecientemente exhaustivo. Las instituciones educativas del más alto nivel jugaban por ello un papel preponderante en la vida de las sociedades que optaron por aquel proyecto. Así, las universidades, además de cumplir con su papel inicial de productoras de burócratas calificados para los puestos públicos de los estados, debieron aplicarse al desarrollo de las ciencias en general y de las naturales en forma muy particular. Este imperativo se tornó más rígido a partir de la Revolución Industrial, hasta alcanzar los niveles que hoy empiezan ser reconocidos y que han llevado, como se tiene dicho, a calificar los tiempos presentes y los que se anuncian como la “era del conocimiento”.

1. Consideraciones generales

Hasta ahora la universidad pudo cumplir con su tarea de manera más o menos cabal porque su estructura académica era simétrica a la estructura de los aparatos político – administrativos y productivos de la sociedad. Las élites que debían ser formadas eran en términos generales, las que demandaban desde las instituciones centrales de la sociedad. El único desfase que se producía de vez en cuando era de carácter numérico, cuantitativo. Esto es, se podían producir profesionales en cantidades mayores de las demandas. La masificación de la educación superior, acentuada en los primeros decenios de este siglo, agudizó el problema, pero no cambió su naturaleza.

Uno de los fenómenos menos notados en la actualidad, pero que más compromete el futuro de la educación superior, es precisamente que se haya producido un cambio radical en la naturaleza del desfase universidad-sociedad, al punto que mantiene una dimensión cuantitativa, ha pasado a ser fundamentalmente cualitativo. Es decir, la universidad, en su estructura tradicional, ha dejado de ser funcional para la sociedad actual, tanto la industrializada, como la atrasada. Estamos ante la muy paradójica situación que cuando más necesidad hay de una educación superior altamente calificada, la principal institución tradicional para impartir este tipo de educación ha perdido el paso y no está en condiciones de responder como se demanda de ella a los requerimientos del entorno.

* Origen: Boletín Virtual 18, julio 2005. Oficina de Coordinación Universitaria.

Este desfase, que es multidimensional, como se mostrará luego, tiene sus causas en dos fenómenos concomitantes, pero distintos. El primero es el cambio en el carácter del saber mismo. El segundo es el cambio radical de orden social generado por el saber moderno, expliquémonos.

Cuando Kant u otros filósofos deliberan sobre la estructura ideal de la academia, lo hacían teniendo como referente un modelo de ciencia, el cartesiano–newtoniano, que no solamente apostaba a la simplicidad de la naturaleza y de la ciencia, sino que consecuentemente otorgaba preeminencia al pensar analítico sobre cualquier otra modalidad del pensamiento. La preponderancia de lo analítico se explicaba también por la necesidad de traducir el saber en acción de la manera más directa e inmediata posible. Es ese el tipo de saber que generó la industrialización y, en general el orden tecnológico actual. A saber correspondía naturalmente un sistema de divisiones o compartimentalizaciones doble. En primer término, debía distinguirse drásticamente lo natural de lo artificial, lo animado de lo inanimado. La naturaleza había sido declarada objeto, entidad carente de alma mientras que se reservaba para el fenómeno humano toda subjetividad. Las ciencias naturales tenían entonces que ser diferenciadas de las humanas o del espíritu, aunque eventualmente pudieran compartir metodologías. Es claro, pues, que el dualismo cartesiano no ha sido un fenómeno pasajero en el pensamiento científico de Occidente y que ha sido el sustrato sobre el cual se ha construido el orden académico.

Una segunda división era necesaria más bien al interior mismo de las ciencias. Tal compartimentalización estaba exigida por el método analítico. Por consiguiente, en las universidades se enseñaba por separado ciencias naturales y ciencias humanas, y cada una de las ciencias particulares. Tal estructura reflejaba además la demanda de la sociedad. Estudiaban ciencias humanas quienes debían acceder a puestos en la administración política económica y cultural de la sociedad. El estudio de las ciencias de la naturaleza estaba reservado a quienes debían apoyar el proceso de rectificación de la vida, y mas concretamente, de la producción. La división técnica del trabajo debía pues reflejarse en las estructuras académicas de las universidades. La existencia de “facultades”, entendidas como cotos de exclusividad para el manejo de ciertas áreas definidas y diferenciadas del saber, la tendencia a la hiperespecialización, todo eso correspondía perfectamente a los criterios antes señalados. Cada uno era dueño y señor de “su” campo del saber y era muy poco lo que debía saber en común con colegas suyos dedicados ora a temas meramente conexos, ora a áreas diferentes de estudio.

Pero así como la división social del trabajo se reflejaba en la academia, también, durante mucho tiempo, fue útil reflejar en ella la división social del trabajo. Obviamente, una primera y elemental forma de representación de esa división era la que llevaba a convertir a las universidades en centros de formación de elite y reservaba las otras modalidades de educación media y superior para los mandos medios y los trabajadores calificados. La masificación de la educación universitaria, que conlleva inevitablemente un nivel de democratización del saber, ya puso un tanto en cuestión esta realidad. Pero ha sido el desarrollo de medios de información de masas lo que realmente ha sentado las bases para poder superar totalmente esa forma de división social del saber. Así como la capacidad de consumir los mismos productos en los mismos lugares ha vencido en gran medida la diferenciación de clases en los tiempos de ocio, por lo menos en los países mas avanzados, la posibilidad de acceder universalmente a la información roba a las universidades parte de su carácter monopólico tradicional, pues el principal custodio del conocimiento acumulado ya no es el profesor universitario, sino el centro de información o la biblioteca.

Esta nueva situación corresponde, de otro lado, a una estructura social nueva marcada por un proceso de indiferenciación de clases. Es menester ser cuidadoso con el uso de este concepto, especialmente si se lo quiere aplicar a sociedades como la peruana o como las sociedades atrasadas en general, donde las diferencias económicas entre unos grupos y otros tienden a agudizarse y no a acortarse. Hasta ahora se mantiene una cierta tendencia a menospreciar la importancia social del ya mencionado fenómeno de la universalización del consumo, que por sobre las obvias diferencias de calidad de los productos a los que se tiene acceso según la dicotomía riqueza/pobreza, tiene un impacto igualador enorme, en la medida en que uni.ca los referentes culturales de todas las clases y grupos sociales que componen una comunidad y, por ende,

universaliza las expectativas y los anhelos. Las diferencias sociales persisten en el escenario del lugar de trabajo, en especial allí donde se mantiene la modalidad del trabajo asalariado, pero tienden a diluirse en los ámbitos externos al trabajo asalariado, incluidos a aquellos marcados por el trabajo independiente. La sociedad peruana es un lugar privilegiado para la observación de este fenómeno por la extensión enorme del trabajo llamado informal y todas las formas de autoempleo que le son conexas. Obviamente, en relación a este fenómeno, la variable ingresos tienen una incidencia menor y, por el contrario, la función simbólica de la situación de no - dependencia adquiere una significación sin precedentes. Es este hecho lo que explica el éxito innegable del discurso sobre los nuevos empresarios y la informalidad, en el sentido que lo ha desarrollado, por ejemplo, Hernando de Soto.

Pero hay otro fenómeno, muy ligado al anterior, aunque diferenciable en un sentido importante; a saber, que la creciente utilización de medios de comunicación y de control electrónicos en la industria y el comercio, pero también en las actividades terciarias, y la robotización de la producción, tienden a convertir el desempleo en una condición permanente para números crecientes de personas adultas. Este fenómeno, que aparentemente afecta solo a la industria, se replica en las esferas diversas de la actividad profesional. La sociología contemporánea ha llamado ya muchas veces la atención sobre la aparición, como una clase relativamente numerosa de gentes, de la intelectualidad que cada vez será más una intelectualidad desempleada. Hay países como la India, por ejemplo, que están en condiciones de cubrir su demanda interna de profesionales calificados y de mantener un excedente exportable gigantesco. La India podría fácilmente suplir de médicos, enfermeras y personal técnico calificado a todo el sistema de salud pública de la Gran Bretaña, por ejemplo.

Lo que aquí se ha perdido para siempre es la "ecuación buena formación profesional = trabajo permanente asegurado". La formación que se adquiere en las universidades compartimentalizadas, de otro lado, no garantiza ya a nadie una calificación profesional permanente ni siquiera en el mediano plazo. Interviene en esto solamente la competencia generacional, pues las universidades, en cuanto fábricas de profesionales que operan con un sistema de correa de transmisión tradicional, producen no solo un incremento de la competencia profesional incesantemente, si no también traducen la exigencia del aparato productivo, comercial y administrativo de llevar la innovación técnica al máximo, lo que torna rápidamente obsoletos los aparatos y procedimientos utilizados y, por ende, las formas de conocimiento que les son concomitantes.

2. El sentido de la educación superior

Podría alguien imaginar que los fenómenos arriba mencionados tienen un carácter transitorio y que, por ende, es injustificado pretender servirse de ellos como premisas para una reflexión prospectiva sobre la educación superior. Este no es el caso, empero. La transcendencia de esos fenómenos tiene que ver con la función de la tecnología en la sociedad contemporánea y, sobre todo, con su conversión definitiva en el principal factor de poder.

Si bien, como lo notaron los teóricos sociales del siglo pasado, el mercado capitalista y la competencia inter-empresas ejercía una función extraordinaria como motor de la innovación tecnológica, esos fenómenos por si solos no explicarían el aumento radical de la presión para acelerar el ritmo de la innovación que se vive hoy. Esta presión proviene no de la economía, sino del ámbito muchísimo más implacable que es la política, es decir, la administración del poder. La tecnología se ha convertido indiscutiblemente en el factor determinante del poder en el mundo contemporáneo. La riqueza, la capacidad militar, los sistemas de hegemonía en general, dependen enteramente de la superioridad tecnológica de los actores. Nuevamente, aquí hay necesidad de ser precisos en el uso de los términos, pues superioridad tecnológica no quiere decir ni acumulación de aparatos, ni de conocimientos adquiridos, y ni siquiera solamente en la capacidad de transferir información y apropiarse de ella. La real superioridad tecnológica radica en la mayor capacidad de creatividad tecnológica que se posea.

El ejemplo más claro se puede ver en relación a esa guerra real y mortífera que equivocadamente se ha denominado "fría". En efecto, durante años un país económicamente subdesarrollado, pero

dotado de un arsenal letal convincente pudo mantener a raya, basado en un consenso de terror, a una potencia inmensamente más poderosa, pero sin voluntad de traducir su superioridad en capacidad beligerante. Bastó, empero, que se adoptara la decisión estratégica de superar ese estancamiento,

para que la ventaja tecnológica se tradujera en ventaja política y militar insuperable. El caso de la URSS, por lo demás, resulta especialmente patético, pues ese país estaba potencialmente en situación de cumplir con la condición principal para asegurar creatividad tecnológica, a saber, un cuerpo altamente especializado de científicos y técnicos. Lo que la URSS no tuvo fue precisamente una comprensión del carácter del poder contemporáneo y, por ello planteó los términos de la confrontación de manera convencional, actuando sobre la ilusión de poder basar en su capacidad militar instalada y en una apuesta al gigantismo económico.

Quien posee creatividad tecnológica puede copar el mercado, (es decir, vencer en la guerra comercial), puede al mismo tiempo fijar las tendencias de acumulación a futuro (es decir, imponer sus términos estratégicos) e imponer las correlaciones militares. Pero, sin duda, lo más importante es que solamente una potencia con esa capacidad goza de una real soberanía y puede ejercer con eficacia el principio de autodeterminación, en la medida en que posea una capacidad relativa de reproducción autónoma de su estilo de vida y de producción. La dependencia más absoluta, la más radical que se haya registrado en la historia de la humanidad, es por ello mismo la que sufren hoy los países atrasados, es decir, aquellos que habiendo optado como ideal, por las formas de vida que solamente la producción industrial tecnologizada puede garantizar, no están sin embargo en condiciones de reproducir su modo de vida autónomamente, pues dependen para hacerlo de la tecnología de los países avanzados.

Nuevamente es paradójico que en el momento en que se abre la posibilidad de convertir el flujo de información en uno de los elementos más democratizadores de la historia de la humanidad la tendencia en los círculos de poder sea precisamente a imponer restricciones a ese flujo. La reciente y creciente disputa sobre Internet y el derecho de acceso y uso de las redes es clara muestra de los términos en que está empezando a quedar planteada esta novísima cuestión.

En la medida en que la creatividad tecnológica se ha convertido, en el sentido expuesto, en el factor central de poder, que el conocimiento se ha vuelto un bien estratégico central. La configuración futura del mundo dependerá de como se resuelva la tensión ya planteada entre la democratización posible de la información, que los medios de comunicación y transferencia hacen posible, y los sistemas de organización política y distribución del poder que, en gran medida, mantienen la lógica excluyente que han tenido a todo lo largo de la historia conocida de la humanidad. Si la electrónica tuviera en si la virtud de transformar a los hombres en ángeles o santos, entonces no habría duda sobre el curso futuro de los acontecimientos. No hay signos, empero, de que estos sea así ni que, contrariamente a lo que ha sucedido siempre, la mera enunciación de una posibilidad racional determine la conducta colectiva de la especie. Es por ello una ilusión peligrosa, lamentablemente muy frecuente en la actualidad, realizar proyecciones sobre el futuro sin tener en cuenta la variable del poder.

Pero si la variable del poder es imprescindible para comprender el papel de la educación superior en relación a las comunidades, la variable ciudadanía es la que mejor permite evaluar ese papel en función de las repercusiones de la educación en la formación de los individuos independientemente considerados.

La educación moderna, esto es, la que se ha fomentado en los últimos tres siglos, ha estado básicamente dirigida a formar ciudadanos de estados nacionales. Era en el marco de esa configuración política que las personas podían ejercer sus derechos y cumplir con los deberes que les daban título pleno de ciudadanía. Por ello, mientras los estados nacionales gozaron de buena salud, los referentes para modelar la educación superior se mantuvieron claros y precisos. La correspondencia entre la universidad y estado era deliberadamente buscada y cultivada. Un ejemplo típico, por la amplitud de los debates que se desarrollaron en los momentos previos a la

fundación del sistema universitario, fue el de Prusia y, luego de la unificación alemana, el de todo ese país.

De este modo, el individuo sabía que se formaba para merecer un reconocimiento como persona de pleno derecho en una sociedad determinada y sabía que sus libertades y prerrogativas se ejercerían en un ámbito con características y ventajas definidas. Era en cuanto alemán o francés que el individuo gozaba de derechos "humanos", pues era el estado alemán o el francés el que le garantizaba esos derechos o en todo caso quien debía en última instancia responder por sus incumplimientos. El individuo, por lo demás, tenía siempre la certeza de contar con mecanismos de presión adecuados para asegurarse la posibilidad de completar sus derechos. En la medida en que su nacionalidad era inalienable, la posibilidad de luchar por lograr que ciertos derechos, ocasionalmente no reconocidos, alcanzaran plena vigencia quedaba siempre abierta.

El ser cosmopolita era por ello una excepción rara y el internacionalismo, hasta el punto en que fue propugnado y ejercido, fue un fenómeno aislado y sin significación política real.

Esta situación ha cambiado drásticamente con el debilitamiento del estado nación como esquema hegemónico de la organización política. Un debilitamiento que se expresa en la pérdida de peso específico de los dos conceptos centrales para la organización del estado nacional, a saber: los de autodeterminación y soberanía.

Esta realidad se muestra con claridad meridiana en la tendencia creciente a invertir los términos tradicionales de la relación entre derecho nacional e internacional en favor de este último.

El principio de primacía del derecho nacional se está perdiendo y el nuevo orden mundial se verá marcado en lo sustantivo por los rasgos que le imponga el derecho basado en el consenso colectivo mundial.

En estas circunstancias, idealmente la nueva ciudadanía debería ser una ciudadanía global o universal. El cruce con las relaciones de poder muestra, empero, en que se está muy lejos de alcanzar esa situación. Lo real es que el ciudadano del mundo es hoy un bien muy escaso y que lo que más se asemeja a este tipo de ser son los ciudadanos privilegiados de las naciones privilegiadas, pero que para la inmensa mayoría de los seres humanos lo único efectivo es una ciudadanía crecientemente difusa y menguada o un ejercicio de derechos meramente ficticio.

Se corre el riesgo, por ello, que al plantear la formación universitaria como instrumentos para la producción de individuos aislados, potencialmente capaces de aspirar al ejercicio de la ciudadanía mundial, se obvian las variables de administración del poder ya señaladas, y se ponga en desventaja permanente y segura a quienes optaran por formarse en universidades de la zona no privilegiada del planeta.

3. Los múltiples desfases de la universidad peruana.

Si algo es evidente en las actuales circunstancias es que el mundo globalizado está en realidad constituido por dos mundos. Mas aún, estamos ante una verdadera posibilidad que se produzca, en escala muchísimo mayor de la actual, una suerte de bifurcación antropológica, que convierta a los privilegios en una clase de seres enteramente distinta, en términos generales, incluidos los biológicos, de los seres marginales. Desconocer esta situación en aras de la presunción de la existencia de una humanidad única es un expediente seguro para el fracaso teórico y práctico de cualquier intento de comprensión del fenómeno educativo.

No cabe duda, tampoco, que los términos en la competencia actual entre grupos humanos y entidades políticas suscitada por el proceso de recomposición del orden mundial, son puestos y seguirán siendo puestos, por los países más poderosos. Sin embargo, a la hora de juzgar sobre la mejor estrategia a seguir, lo más sensato es poner los pies sobre la tierra y adoptar como punto de partida la propia situación. Solamente así se puede tener una idea clara de las posibilidades y limitaciones dentro de las que se habrá de actuar.

En el caso peruano, deberíamos, por ende, mostrarnos capaces de partir de un reconocimiento de nuestras actuales desventajas, que, en relación a la universidad, se presentan como una serie de desfases frente a las demandas y requerimientos del entorno. Un primer desfase de la universidad peruana que es el más clásico, es el numérico al que se hacía referencia arriba. Se “producen” cantidades de profesionales muchísimo mayores que las que el aparato productivo y la administración pueden absorber.

No ha existido jamás ni existe hoy ningún criterio para la limitación o, por lo menos, la regulación del número de profesionales que deben egresar anual o periódicamente de las universidades.

Pero este desfase se torna más grave si se considera que los profesionales formados y egresados de las universidades no están, por lo general, formados en las carreras y disciplinas que el mercado de trabajo requiere. Recientes estudios, incluidos algunos realizados por los propios gremios empresariales, muestran la gravedad de esta situación.

El argumento según el cual no es conveniente actuar para corregir esta situación debido a que las fuerzas del mercado se encargarán eventualmente de hacerlo por sí solas, no toma en cuenta el inmenso costo económico-social ni el desperdicio inmenso de recursos y esfuerzos que ese tipo de selección espontánea implica al desechar a cientos de jóvenes en cuya educación se ha invertido colectivamente.

La corrección de este tipo de desfase, empero, no es particularmente complicada, dado el carácter atrasado y elemental del parque industrial peruano y de nuestro sistema productivo en general. En verdad, las demandas del aparato productivo en cuanto a personal calificado se podrían fácilmente satisfacer con un sistema de escuelas técnicas superiores más o menos escaso. Esto, claro está, si se atendiera a un segundo y más grave tipo de desfase, a saber, el de la calidad de la infraestructura educativa.

En su inmensa mayoría, las universidades y escuelas superiores peruanas están absolutamente desactualizadas en cuanto a los instrumentos educativos de que disponen. Los laboratorios son precarios y pobres, los centros de documentación y las bibliotecas absolutamente indigentes. El estado, por su parte, carece de una política seria de acumulación de información, de modo que no esta en condiciones de prestar apoyo eficaz a la educación superior en ese sentido. Nada indica un nivel de incomprensión más serio de las realidades que condicionan la educación en los tiempos actuales que el hecho que esta situación no suscite una preocupación permanente y seria entre los responsables de administrar universidades y escuelas superiores. Un país sin centros de información actualizados, sin bibliotecas medianamente bien dotadas es un país ciego y simple y llanamente está fuera de competencia y es incapaz de asegurar a sus estudiantes e investigadores condiciones adecuadas para su trabajo.

Otro tipo de desfase de la universidad peruana es el relativo a las carreras que se ofrecen en los diversos establecimientos de educación. La creación de escuelas y facultades y de especialidades no responde a una reflexión cuidadosa ni sobre las necesidades a largo plazo del país, ni sobre el estado del saber contemporáneo. Un cierto cortoplacismo excesivo ha llevado en los últimos tiempos a la proliferación de carreras que aparentemente tenían demanda en la sociedad, sin tener en cuenta que esas demandas son fluctuantes y cambiantes. En muchos casos, esa lógica ha llevado a la sobreproducción de profesionales. El caso más reciente es el de las carreras vinculadas a la computación. Ya existen en el país cerca de cincuenta mil graduados de academias y escuelas, y solamente hay puestos de trabajo para unos cinco mil.

Pero el aspecto más serio de esta situación es el desconocimiento y la profunda incomprensión que hay respecto de la naturaleza del saber contemporáneo. La universidad peruana sigue estando totalmente compartimentalizada y apunta a la hiperespecialización justamente en momentos en que la mejor formación es aquella que garantiza al estudiante una gran flexibilidad y una gran capacidad de

movimiento entre diversas disciplinas. Tanto para el trabajo científico, que esta crecientemente marcado por una tendencia a la interdisciplinariedad, como para el trabajo práctico, quien tenga una formación rígida y especializada estará inevitablemente limitado en sus capacidades de acción. La ventaja la tendrá aquel que se haya provisto de una mirada general y de instrumentos de aprendizaje y de investigación que lo capaciten para ponerse permanentemente al día con el desarrollo de los conocimientos. El único esfuerzo que la universidad peruana ha realizado en los últimos decenios es el sistema de estudios generales que, sin embargo, ha sido eliminado de la inmensa mayoría de establecimientos. La desesperación por llegar rápidamente a las carreras y acortar el período de estudios es, por ende, totalmente contraproducente a la larga, aunque aparentemente suponga beneficios económicos inmediatos.

Todo esto, sin embargo, es poco significativo cuando se lo compara con el desfase mayor de sistema de educación superior peruano a saber, el que guarda respecto de las tendencias y la naturaleza del saber científico contemporáneo. Prima en el Perú una incomprensión absoluta de las prioridades en el orden interno de la ciencia y la tecnología actuales y, peor aun, de la trascendencia de la reflexión humanística para la buena administración de la sociedad y los espacios políticos.

Ya hemos visto cómo la tendencia predominante es hacia una mayor interrelación e interdependencia, mas aún, a una fusión entre las diversas ciencias particulares. Pero hay otro rasgo no menos importante, a saber, la creciente importancia de la investigación pura, del saber fundamental como condición indispensable para el desarrollo científico y tecnológico. Es una regla comprobable que son aquellos países y universidades que mas esfuerzo y recurso asignan a las investigaciones básicas, las que mas pueden contribuir a la invención y a la innovación tecnológicas. La idea que la tecnología puede andar sola y que las imágenes subyacentes del mundo que le permiten desarrollarse esta ya definidas no se condice en absoluto con la realidad. En otras palabras, en el largo plazo, en el sentido estratégico son las disciplinas aparentemente menos útiles las que mayor importancia practica revisten. Pero son precisamente esas las que están mas descuidadas en el sistema universitario peruano, como lo muestra una somera revisión de los cuadros de profesionales egresados y en actividad en los últimos decenios.

Es, finalmente, solo el dominio de los conocimientos básicos y generales lo que puede dar flexibilidad y capacidad de movimiento a los científicos y tecnólogos en el ámbito de un saber cambiante y sorprendente.

De otro lado, el cada vez más visible desprecio a las humanidades como disciplinas de lujo e inútiles es otro craso error sobre el que se basa la actual estructura de la educación superior peruana. En realidad, quienes profesan ese tipo de desprecio por las humanidades en general, es decir, por la reflexión sistemática sobre la condición del hombre en la actualidad, simplemente asumen como cierta la mas evidentemente falsa de las suposiciones: que el orden actual de cosas es definitivo. Ya hemos visto que si algo marca a la época es justamente que estamos entrando al más radical proceso de cambios jamás vivido por la humanidad. Es por ello totalmente absurdo tomarse en serio afirmaciones políticamente sesgadas y aventureras como las de Fukuyama en el sentido que la historia ha terminado. Una historia inédita, imprevisible, totalmente distinta a la vivida por la humanidad hasta ahora esta a punto de empezar. No tenemos como saber de antemano si será mejor o peor que la que hemos vivido hasta ahora. Solamente sabemos dos cosas, viendo las cosas desde el punto en que nos encontramos en el Perú, con cierta certeza:

1. Que si la fuerza de las cosas se impone el futuro no nos depara nada agradable a quienes hoy somos ciudadanos de países débiles y atrasados;
2. Que nadie que no tenga un nivel óptimo de conocimiento del entorno podrá siquiera aspira a navegar en esa nueva historia ni menos a navegar con éxito. Esto ultimo no es una verdad despreciable, sino la consecuencia mayor de la tendencia inexorable a la artificialización del medio como condición indispensable para la sobrevivencia de la especie.

Una última manifestación de los desfases de la universidad peruana no depende enteramente de ella, sino de la lógica con la que se manejan los intereses de estado en el país. Como en todo país, pero tal vez de manera más persistente, en el Perú no se han sacado las consecuencias políticas del hecho repetido, pero al parecer no comprendido, que el saber es el principal y más valioso capital de las sociedades del presente. La principal conclusión práctica que debería derivarse de este hecho es que el Perú tiene que comprometerse en un esfuerzo colectivo sostenido y de largo aliento por dotarse primero y preservar luego una clase científica tecnológica de primerísima calidad. Es claro que no es este el caso, y lo prueban así hechos tan elementales como los salarios ridículos de la inmensa mayoría de profesores universitarios y la ya mencionada pobreza de la infraestructura educativa.

La primera sugerencia es que tal vez conviene dejar de pensar en términos de una universidad clásica, que es un tipo de institución rebasado por la realidad y ampliar la pregunta a una reflexión sobre el carácter de la educación superior en general. Pues es obvio que las instituciones en que se imparta ese tipo de educación no serán en nada similares a las actuales, ni en su estructura institucional ni en los estilos de enseñanza.

Por otro lado, el nuevo papel estratégico de la educación superior pone a las sociedades ante un gran dilema; el tener que optar entre una educación superior popularizada o una educación selectiva. La idea de “universidad popular”, que tan valioso papel ha jugado en nuestra historia para ayudar a romper las barreras artificiales y arbitrarias que se imponían tradicionalmente para el acceso libre a la educación, resulta sin embargo ahora enteramente inadecuada.

Pues si bien, es cierto que hay que mantener incólume el principio del derecho universal al acceso a la educación en todos sus niveles, lo cierto es que no es realista que un país pobre no sea absolutamente exigente y cuidadoso con el buen uso de los recursos que asigne a un área tan importante estratégicamente como la educación superior. Esta, por ende, si ha de ser de calidad, deberá ser sumamente selectiva. No pueden acceder a ella sino aquellos que puedan conformar la élite técnico científica del país. El carácter democrático de la educación superior deberá estar garantizado por las modalidades de selección, que no deben permitir forma alguna de discriminación por razón de clase, origen étnico, condición económica, sexo, etc.

El acceso a entidades educativas de carácter intermedio si puede ser más libre y general y, por ende, menos selectivo. Este nivel, a fin de abaratar los costos del Estado, puede quedar abierto totalmente a la iniciativa privada adecuadamente regulada. Lo que es absurdo es someter a los vaivenes del mercado la existencia de disciplinas aparentemente no rentables. El país tiene que comprender que la educación superior es su mejor inversión colectiva, y si bien tiene el pleno derecho de demandar los resultados más óptimos, cometería un acto suicida si es que escatimara esfuerzos y recursos para dotarse de una capa intelectual capaz de competir en igualdad de condiciones con las élites que manejan el resto del mundo.

La universidad ideal, de otro lado, debe estar estrechamente ligada a las demandas del estado y la sociedad en general. La idea de “universidad comprometida” no es tampoco adecuada para describir esta situación. No se trata que la universidad no se pronuncie sobre asuntos de trascendencia coyuntural cuando sea necesario se trata más bien de que la universidad entienda que es política en grado sumo, pero que el horizonte de su quehacer político es estratégico. La universidad debe pensar los asuntos más permanentes del estado en profundidad, y evitar perderse en los vericuetos de la cotidianidad.

La ligazón con el estado implica que la universidad mantenga nexos permanentes y estrechos con todas las instituciones centrales del país y que esté en condiciones de proporcionales a toda información y asesoría permanente. No tiene ningún sentido que se pretenda responder a los requerimientos de cada rama de actividad con escuelas sectoriales de alto nivel. Esto corresponde a modos de pensar corporativos, incompatibles con las condiciones actuales. Es en la universidad

que deben formarse los líderes de todas las ramas del quehacer nacional incluyendo, por ejemplo, los mandos militares. Pero sin duda alguna, el riesgo más importante de la universidad deseable del futuro es que sea un centro de investigación y de creación eficiente. Una universidad que no produce conocimiento nuevo simplemente no merece ese calificativo. En el caso peruano, hay una necesidad perentoria que la universidad produzca conocimiento serio sobre nuestra propia condición y sobre nuestras posibilidades de acción colectiva. Ese reclamo, que no es nuevo, que formularon en su tiempo Bolívar y Martí, tiene hoy más pertinencias que nunca antes y apunta a la deficiencia más seria de nuestro actual sistema universitario. Obviamente, con los apuntes aquí ensayados apenas si se pretende llamar la atención sobre algunos temas de los múltiples y muy complejos que deberían entrar en un debate serio y exhaustivo sobre el futuro de la universidad. En la medida en que eso se haya logrado, el artículo tiene sentido.